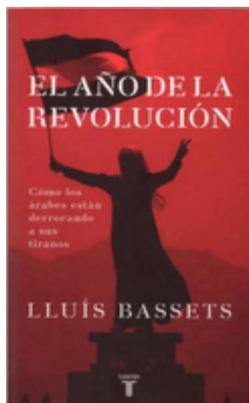


## Lluís Bassets: El año de la revolución. Cómo los árabes están derrocando a sus tiranos

Bernabé López García



Lluís Bassets: “El año de la revolución. Cómo los árabes están derrocando a sus tiranos”, Taurus, Madrid 2012, 393 págs. ISBN: 8430609067

Este libro puede parecer una crónica de lo ocurrido durante 2011 en el mundo árabe, con las revueltas, protestas y guerras civiles que han provocado un cambio significativo en las cúpulas de los estados árabes, pero es mucho más: una reflexión esperanzada sobre el mundo árabe “que debe ser”, en un mundo “como debiera ser”.

La mayor parte del libro está integrada por un largo texto titulado “Diario de 2011”, casi un centenar de artículos breves ordenados cronológicamente desde el 17 de diciembre de 2010 en que Mohamed Bouazizi se inmola en Túnez en señal de protesta individual por unas condiciones de vida indignas para él y para sus conciudadanos, hasta el 27 de noviembre de 2011, víspera del inicio de las elecciones legislativas egipcias. Se trata de fragmentos concatenados, precedidos cada uno por un repaso telegráfico de lo acontecido en torno a esa fecha en el mundo árabe y que responden, tras un título evocador, a una reflexión sobre la significación internacional y local de lo acaecido en los últimos días en ese proceso que el autor evita llamar “primavera árabe” pero que considera “lo mejor que ha sucedido a la humanidad desde la caída del muro de Berlín en 1989”. Muchos de estos fragmentos fueron publicados en la columna que el autor escribe en el diario El País, del que es subdirector, otros aparecieron su blog, mientras otros fueron desarrollados a posteriori a partir de las notas que el autor tomó en su día.

Para Bassets, desde los primeros momentos de lo que titula “el año de la revolución”, se trata de una “ruptura democrática” en la que el pueblo ha decidido intervenir en la política y derrocar a sus dictadores. Quizás, duda, no sea una revolución, “pero lo que sea tiene toda la alegría y el entusiasmo de una revolución”.

La narración cronológica permite al lector recuperar el hilo de los acontecimientos de 2011 enmarcados en las reflexiones que dichos acontecimientos provocan en el autor, contextualizados en una realidad internacional sacudida por hechos inesperados, impensables tan sólo unos pocos meses antes. La responsabilidad, el “pecado” de Europa y Estados Unidos de haber sacrificado durante décadas a los ciudadanos del mundo árabe a la estabilidad, recluyéndolos en “una inmensa cárcel de pueblos”, son denunciados en el libro, muy particularmente la pusilanimidad e hipocresía europea, incluida la de una izquierda que sostuvo a los partidos-Estado de Ben Ali y de

Mubarak en el club de la socialdemocracia de la segunda internacional. En el caso de Obama es más complaciente: su discurso de El Cairo de junio de 2009 es calificado de “ventana de esperanza”, si bien su política “no ha sabido traducir sus palabras de El Cairo en hechos”. La revuelta árabe podría ser la ocasión de ponerlas en práctica. Pero sus dudas, transacciones, largas deliberaciones, que han acompañado a su presidencia, “incomprensibles para un público acostumbrado a superhéroes”, chocan con dos escollos de peso: Israel, atenazado por los cambios y Arabia Saudí, “el espacio vacío en el discurso de Obama”, resistente a la evolución y principal inversora en el “casino” de las transiciones árabes para sabotear el cambio y lograr que el islamismo sea el principal beneficiario.

Las victorias del islamismo en las elecciones tunecina, marroquí –y más tarde egipcia- no son el destino fatal de estas transiciones, sino “como mucho, el camino obligado e inevitable en esta transición”.

El libro es también una reflexión sobre el poder como perpetuación, sobre la capacidad de una nueva generación sin líderes, pero apoyada en las oportunidades brindadas por las nuevas tecnologías, para poner fin a gerontocracias que habían secuestrado el poder durante décadas. Y es además una digresión sobre la novedad que representa para los pueblos árabes su emancipación “de una hipoteca que les impedía designar sus propios adversarios”. Desviados siempre hacia enemigos exteriores, imperialismo o sionismo, habían sido incapaces de identificar a sus inmediatos tiranos y rebelarse contra ellos. Lejos de las protestas y revueltas del pan de otras décadas, las rebeliones del 2011 han sido esencialmente políticas y han logrado barrer o atemperar a una cadena de tiranías.

La segunda parte del libro, “Atlas del cambio político” es un recorrido por la geografía árabe para detectar lo que está cambiando en la nueva cartografía por venir, que vira “desde el color plomizo de las autocracias (...) hacia un verde islámico del que deberemos testar su compatibilidad con la democracia”. De Marruecos resalta “la vía reformista”, que al menos decide reconocer sus retrasos políticos y sociales en vez de escapar de la crisis, como tantas veces antes, descargando sobre el chivo expiatorio español. De Argelia, “bunker internacional contra las revueltas”, Bassets señala el aletargamiento de la revolución pagado con petróleo por un régimen que compara al franquista de última hora. En Túnez parece ver el autor, como la calle egipcia reconocía en sus eslóganes, “la solución”, el “maestro y rompehielos de la revolución”. El futuro de Libia es de los más abiertos, donde todo está por escribir, carente de armadura estatal y de un polo militar fuerte. Egipto, desembarazado del símbolo fuerte de su “faraón”, se debate en un triángulo desequilibrado de poder integrado por los militares, los hermanos musulmanes y, en el punto más frágil, los jóvenes modernistas, laicos o no, que desencadenaron la revolución. Jordania es percibida como una frágil monarquía

amparada bajo el paraguas de Arabia Saudí, país al que define como la “contrarrevolución en marcha”. Buena parte de lo acaecido en el Golfo arabo-pérsico en este 2011 se ha desarrollado bajo su estricta vigilancia, aunque también bajo el impulso de ese pequeño rival que le ha surgido a la monarquía saudí, Catar, “mecenas de la revolución” como lo define Lluís Bassets. Yemen y Bahrein se describen como explosivos desde su tribalismo o sectarismo, que marcaron unas revueltas que fueron canalizadas o aplastadas. Y por último, aparece Siria, amparada por viejos imperios pero deslizándose hacia la guerra civil. Una cartografía mutante, que ha hecho cambiar las relaciones del mundo entero con los países árabes y de estos entre sí, pero en la que lo único que sigue intacto ha sido la permanente enemistad entre palestinos e israelíes.

Una tercera parte del libro trata de descifrar “las claves de las revueltas”. Un nuevo “panarabismo televisivo” ha permitido el contagio de los jóvenes insatisfechos, unidos en el paro y la humillación por soportar regímenes que se perpetuaban década tras década. Facebook, al Jazeera, Wikileaks, han desempeñado un papel aglutinador y catalizador de unas revueltas que llegan en lo álgido de una crisis que va más allá de lo económico y que está afectando a las propias estructuras y distribución del poder. Las revoluciones han surgido del interior de unas sociedades que han sufrido anteriormente varios ensayos fracasados de transformación desde fuera: la Guerra Global contra el Terror y la Agenda de la Libertad para el Gran Oriente Próximo, ambos diseñados por las administraciones Bush. La nueva aproximación del presidente Obama hacia el mundo árabe, “más desmilitarizada, multilateralista y diplomática”, desvisibiliza a su país ante la población árabe como la mano que mueve todos los hilos. Que haya sido en esa coyuntura cuando han estallado las revoluciones puede no tener nada que ver. Aunque, como deja claro el autor del libro, “el momento decisivo de toda revolución es aquel en que los soldados reciben la orden de disparar al pueblo. Cuando no lo hacen o consiguen evitarlo, la revolución avanza y puede triunfar inmediatamente”. Así ha ocurrido en la primavera árabe. Pero, aunque el autor no lo dice, ¿se puede asegurar que no hayan funcionado ciertos hilos para que en Túnez o en Egipto los militares facilitasen el cambio? La cuarta y última parte es un breve ensayo titulado “El espíritu revolucionario” que cierra y concluye las ideas que dominan todo el libro. Comparando la revuelta o revolución árabe con algunas de las anteriores, más cercana desde su punto de vista a las de 1848 y 1989 o aún a la americana, que a las clásicas francesa o rusa de 1789 o 1917 -pues no sigue un modelo ni a una nación guía-, Bassets resalta que su irrupción ha “virado súbitamente” la geometría de las relaciones internacionales, desenmascarando la cínica realpolitik que las grandes potencias practicaban hacia este mundo y obligando a anteponer una nueva política que no puede hacer caso omiso de la democracia y los derechos humanos. Los árabes, concluye el autor, “han destapado la caja de Pandora de la democracia en crisis”,

reivindicando, pese a sus aristas, su verdadero sentido.